

Al exponer el itinerario intelectual de San Agustín, la profesora Dolby consigue transmitirnos los hitos fundamentales de la trayectoria filosófica agustiniana, me atrevería a decir que con la misma emoción y fuerza vital de las *Confesiones* del propio filósofo: la influencia del *Hortensio* de Cicerón, el maniqueísmo, el escepticismo, el platonismo, San Ambrosio y el Círculo de Milán, su debate con los pelagianos...

En cuanto a la antropología agustiniana, la autora pone de manifiesto los ejes conceptuales que la sustentan, lo que ella llama los universales agustinianos, presentes en el hombre como impronta trinitaria que manifiesta la imagen de Dios en el alma humana: el deseo de felicidad o recuerdo de Dios, la búsqueda de Verdad y el amor al Bien, todos ellos como anhelos de Dios.

La ilustrativa contraposición realizada por la profesora Dolby entre el huma-

nismo ateo contemporáneo —Feuerbach, Marx, Nietzsche, Sartre— y el humanismo teocéntrico agustiniano, despierta una activa reflexión sobre una serie de cuestiones que, contra lo que podría pensarse, siguen muy vigentes y tienen un interés primordial en estos momentos: nuestra desorientación vital actual, la soledad de los hombres, el desconcierto en torno a los valores.

En conclusión, se trata de un interesante libro que merece la pena leer y que puede contribuir a la reflexión filosófica contemporánea por dar respuesta a muchas de las cuestiones que hoy en día nos afectan profundamente; o también, como agudamente señala la autora, puede ser una aportación a elevar «las cortas miras que caracterizan a amplios sectores del pensamiento contemporáneo» (p.107).

Isabel Zúñica Ramajo

SÁNCHEZ CUERVO, A. y HERMIDA DE BLAS, F. (Coords.): Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana, Madrid, Biblioteca Nueva/ CSIC, 2010, 322 págs.

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO» informaba el parte oficial de guerra el día 1 de Abril de 1939. En el encabezado: “III Año Triunfal”. Sobre la firma de *El Generalísimo*: “Año de la Victoria”. Pocos días después, el discurso de la victoria de Francisco Franco comenzaba con un augurio: «Un estado totalitario armonizará en España».

El final de la Guerra Civil española —incivil como bien la calificaba Unamuno y le gusta recordar a Javier Muguerza— y el comienzo de la dictadura franquista obliga a

numerosos científicos, literatos, profesores, artistas y filósofos afines a la II República a buscar refugio político en tierras lejanas. Una incipiente y fructífera filosofía española se resquebraja. Mientras en la universidad franquista —de fuerte filiación neoescolástica— comienza a relatarse la narrativa de los vencedores, los *otros* —los derrotados— se ven abocados al exilio, destino incierto y para todos sin retorno; pues, los pocos que, al paso de los años, podrán regresar, ya nunca lo harán a *su* España. Desde la tierra que les acoge, ayuda y auxilia, continúan su labor intelectual: voces del destierro que serán, en su momento, *debidamente* enterradas y, durante décadas, olvidadas.

Setenta años después, con motivo de un seminario organizado por el CSIC y la UAM en el año 2008, pensadores actuales rescatan esas voces filosóficas para, a través de ellas, recuperar a los intelectuales exiliados que las pronunciaron, y llegan hasta nosotros en este libro en el que los filósofos de hoy rinden su merecido homenaje a los filósofos (exiliados) de ayer.

La América de habla hispana fue lugar de destino de numerosos intelectuales republicanos y, en especial, México. A ello contribuyó no sólo «la generosa política de puertas abiertas» del, por aquel entonces, Presidente de México Lázaro Cárdenas, sino también la figura de Alfonso Reyes. Este, que conocía en primera persona la realidad del exilio —habiéndose refugiado en suelo español entre 1914 y 1924—, ayudó a todos los españoles cobijados en México, convirtiéndose en “huésped y anfitrión hispanista” (Evangelina Soltero y Fermín del Pino-Díaz).

José Gaos y Joaquín Xirau, entre otros, encontrarán en México su *patria de destino*. “El legado filosófico de José Gaos” (Javier Muguerza) nos muestra a este autor como uno de los primeros promotores de una *comunidad filosófica iberoamericana* —la cual permitirá que «los filósofos de ambas orillas del Atlántico estemos hoy en situación de reconocernos como miembros de una misma comunidad» (p. 74)—, y en donde la famosa noción gaosiniana del *transtierro* adquiere una importancia crucial. Vivencia similar será la de Joaquín Xirau, quien descubrirá en su experiencia “del exilio al arraigo” (Antolín Sánchez Cuervo) la tradición humanista hispánica y planteará —con y en su proyecto de reconstrucción organicista— «algunas hipótesis hermenéuticas relevantes para una sólida reivindicación de una comunidad iberoamericana de pensamiento y de acción» (p. 123).

Muy diferente fue tanto la actitud como el pensamiento filosófico de Eduardo Nicol. Su “occidentalismo e integración disciplinaria” (María Paz Balibrea), así como las duras críticas a Ortega y Gasset, le ocasionaron un duro enfrentamiento con Gaos; enfrentamiento que, finalmente, trajo consecuencias negativas para su influencia y consideración en el contexto mexicano y español. También a México fue a parar durante 30 años, y hasta su muerte, Max Aub que, como judío y republicano, vivió “entre la diáspora y el exilio” (Reyes Mate), reflexionando desde el exilio político el también forzoso alejamiento del pueblo judío.

José Ferrater Mora fue otro *transterrado*, en este caso, durante seis años (1941-1947) y en Chile. “Cultura y política en el pensamiento de José Ferrater Mora” (Carlos Nieto Blanco) centra la atención en las reflexiones sobre el mundo dejado atrás y la defensa de la “Tercera España”, a través de un «ejercicio de tolerancia y aceptación de la historia, con la necesidad de asumirla, como precondición para una reconciliación» (p. 145).

Menos estoico fue el sentir de José Bergamín, “crucificado por el dolor de España” (Juan Sauquillo), para quien el exilio en México, Venezuela, Uruguay y, finalmente, Francia, lejos de ser *transterritorial*, era vivido más bien como *extrañamiento* de la casa del Padre. También María Zambrano peregrina entre Cuba, México, Francia e Italia, reflexionando sobre el abandono, la soledad, el vacío y el destierro —“categorías del pensar de María Zambrano” (Jesús Moreno Sanz)— que marcarán el paso del destierro al exilio *logrado*, en donde el exiliado será el hombre verdadero, desposeído *ya* de todas sus máscaras.

Intercalados con estos artículos dedicados a nuestros exiliados encontramos dos reflexiones generales: la primera aborda “las lecturas del Quijote” (José Luis Mora Gar-

cía) que Américo Castro, Eduardo Nicol, Adolfo Sánchez Vázquez, Ferrater Mora, José Gaos, María Zambrano y García Bacca realizan de la obra cervantina desde el exilio; la segunda, la consideración del ensayo como “ventana sin par del exilio republicano español” (Ricardo Teja), que muestra la importancia de este género literario, al permitir a sus autores explorar el sentido de su propio acontecer como exiliados.

Estamos, pues, ante un libro embriagador que nos acerca a la reconciliación de dos Españas mal enfrentadas y al segundo descubrimiento de América, que consistió

en encontrar España en América, al compartir un mismo contexto cultural y una misma comunidad lingüística. A unos, los que conocieron la dictadura franquista y los años de transición, les invitará a recordar a los queridos maestros, sus enseñanzas filosóficas y las notas escritas al margen del discurso vencedor. A otros, los que —como la autora de estas líneas— tuvieron la suerte de nacer en la democracia, les enseñará las condiciones de posibilidad de un *pensar en español*.

*Sonia Ester Rodríguez García (UNED)*